
La nueva revolución mexicana

Jorge Alonso*



El detonante chiapaneco

Los sucesos de Chiapas de enero de 1994 constituyen no el delirio trasnochado de aspiraciones revolucionarias de principios de siglo sino el inicio de una revolución de nuevo tipo. Con la caída del denominado socialismo real se proclamó que la era de las revoluciones había concluido. El estallido chiapaneco da pie para cuestionar ese dogma. La novedad tanto de los planteamientos de la insurrección de indígenas campesinos de Chiapas como de sus alcances transformó la escena nacional. Se trató del detonante de una nueva revolución mexicana.

El primero de enero de 1994 irrumpió en Chiapas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), conformado en su mayoría por indígenas. El movimiento indígena ha mostrado poseer un gran potencial revolucionario.¹ La explotación, marginación y discriminación de que son objeto entraña una alta explosividad. La rebelión armada se apoderó temporalmente de cuatro cabeceras municipales, una de ellas, San Cristobal de las Casas, de gran importancia regional. Con estos hechos miles de indígenas en armas dijeron basta a la explotación, sujeción, manipulación, desprecio y discriminación. El EZLN justificó de entrada su levantamiento con el argumento de que Carlos Salinas de Gortari, presidente de México, era un gobernante ilegítimo. Demandó su renuncia y que un gobierno de transición, formado por una coalición de varios partidos y gente de reconocido prestigio, preparara unas elecciones limpias en todo el país y en todos los niveles de gobierno. Repudió la monopolización del partido en el poder. Así asumió una posición de revolución democrática. Se opuso al Tratado de Libre Comercio que iniciaba ese día. Adujo que con el TLC los campesinos serían los más perjudicados. También señaló que con ese tratado México era gobernado desde fuera. Con esto le

daba al movimiento un carácter de revolución nacionalista.

Los agravios y los ultrajes que habían llevado a la protesta armada eran muchos y de tiempo atrás. Pero la coyuntura actual los había hecho ya insostenibles. Los neozapatistas explicaron a la opinión nacional e internacional que habían decidido pelear por sus derechos más elementales por el único camino que les habían dejado las clases dirigentes: la lucha armada. Se defendían de una injusticia institucionalizada entre cuyos componentes estaba la miseria acumulada, el despojo de tierras, las injusticias, el abandono, la discriminación racial, la opresión, la violación consuetudinaria a sus derechos humanos, los abusos económicos, políticos, sociales y culturales. Exigieron la reparación de los cuantiosos y añosos daños. Sin embargo, no se reducían a los reclamos nacidos en su zona; con sus acciones el EZLN quería llamar la atención del país y del mundo respecto a las condiciones de pobreza en las que se encontraban millones de mexicanos, en particular los indígenas. El EZLN se levantaba contra la política antidemocrática y antipopular del régimen. Su lucha, aunque localizada regionalmente, se planteaba con alcance nacional. Los neozapatistas puntualizaron que su guerra era por la libertad de todo el pueblo mexicano y del pueblo indígena en particular.

Con el levantamiento indígena se dio una exacerbación de la lucha de clases, pues los poderosos lugareños, temiendo perder lo que habían ido acumulando, incrementaron la utilización de todas sus antiguas armas para que las demandas indígenas no prosperaran. El gobierno negó que la rebelión

* Investigador del Ciesas-Occidente; Secretario Académico del Doctorado en Ciencias Sociales, Ciesas/U.deG.

estuviera dirigida por indígenas, pero ante los ojos de los comunicadores honestos del país y del extranjero pronto quedó en evidencia que la dirección estaba en manos de un colectivo indígena. Los levantados en armas se habían ido preparando durante unos diez años, durante los cuales además de educación política fueron adquiriendo preparación militar. Se habían hecho del armamento a través del mercado negro que la misma corrupción gubernamental propiciaba. Sus primeros ataques también les permitieron conseguir más armas. Habían decidido no recurrir ni al robo ni al secuestro, lo que les permitió mantener su larga preparación en la clandestinidad. Los recursos fueron saliendo de las propias comunidades. Aclararon que sus ataques estaban encaminados, en primer lugar, contra el ejército, sostén del régimen, y contra el mismo gobierno. Pese a errores reconocidos que más bien tenían que ver con algunas presiones sobre los pobladores para que se incorporaran al levantamiento, los neozapatistas mostraron ser muy cuidadosos para no atentar contra la población civil.²

Ciertamente hay causas locales y especificidades que explican por qué la rebelión fue en esa zona chiapaneca y no en otros sitios depauperados.³ Pero el alcance de las demandas de los alzados y la repercusión de sus acciones colocaron al conflicto en el nivel nacional. Las graves condiciones de miseria en Chiapas y en el resto del país fueron vistas como producto de un origen común: la falta de libertad y de democracia. Los neozapatistas señalaron enfáticamente que el respeto auténtico a las libertades y a la voluntad democrática del pueblo eran requisitos indispensables para el mejoramiento de condiciones económicas y sociales de los desposeídos. Hicieron un llamado a "no dejarse". Aunque el gobierno insistió en lo contrario, se mostró el fracaso del proyecto neoliberal. Con la caída del denominado socialismo real, los propugnadores de una nueva revolución socialista, en los términos clásicos del predominio de una de las clases sociales como depositaria de una misión histórica, quedaron desfasados.⁴ No obstante, los fracasos del neoliberalismo disfrazado de liberalismo social se evidenciaron, por un lado, con el raquítrico crecimiento económico,⁵ y por el otro, con la enorme concentración de la riqueza. A la repudiada política económica, a la que sólo se le ha querido mitigar su amargura con leves saborizantes de paliativos sociales, se ha sumado una creciente inquietud política a causa de la falta de democracia. En el ánimo popular ha estado pulsando la convicción de la necesidad de una alternativa ante la inequidad.

Democracia, justicia, dignidad

Los nuevos zapatistas reconocieron que se podría cuestionar la opción armada, pero nunca las causas del estallido. Habían optado por las armas dado que las clases dominantes no les habían dejado otro camino. Empezaron la guerra para hacerse oír. El endurecimiento lo habían padecido desde hacía mucho, pero finalmente se habían decidido a hablar por la boca de sus fusiles, con lo cual lograron que ahora sí se les escuchara. Conscientes de que la soberanía radica en el pueblo, denunciaron que los poderosos la habían usurpado. Contra esa usurpación defendían su derecho de tener un gobierno emanado de la soberanía popular y de exigir modificaciones aun por las armas.⁶ Recordaban que Zapata había muerto por la tierra, y sin embargo existían millones de campesinos que no podían o legalizar sus tierras o demandar tierras para trabajarlas. Sus productos se estaban pagando a muy bajos precios. Las reformas salinistas al artículo 27 habían quitado toda esperanza a los campesinos de conseguir tierras. La lucha armada no había sido ciertamente la primera opción. Habían ensayado y probado sin éxito la vía de las negociaciones y de los trámites de todo tipo con el gobierno. A lo sumo habían recibido promesas incumplidas, y generalmente habían experimentado represión, encarcelamientos y muerte. Desde Chiapas, cargadas de justas demandas no atendidas, partieron a la ciudad de México diferentes marchas, en 1983, 1990 y 1992, cuyos sacrificios nada habían logrado. Los neozapatistas también adujeron el fraude electoral de 1988, y manifestaron su desconfianza respecto a la manera como se habían llevado a cabo los procesos electorales hasta la fecha de su insurrección. Todos sus proyectos pacíficos habían fracasado. Habían buscado por los caminos de la paz y sólo habían encontrado burla. Transitaron por varias vías políticas, legales y económicas sin resultados. Además han estado padeciendo el hostigamiento y la muerte a manos de "guardias blancas" de los finqueros. El diseño de su lucha inició como un intento de autodefensa que fue creciendo hacia un planteamiento más de fondo y totalizador.

Evaluaron la alta cota de muerte cotidiana por desnutrición y enfermedades curables. Tenían que encarar una muerte siempre amenazante. Se hartaron de estar muriendo inútilmente. Se negaron a morir indignamente. Llegaron a la conclusión de que tenían que llevar su voz a la tierra de los poderosos en boca de fusiles. Tomaron en sus manos la decisión de su muerte, y optaron por morir luchando para que otros vivan mejor. Se prepara-

ron para una lucha larga. Sabían que la historia patria mostraba que la vía armada funcionaba.⁷ Midieron la coyuntura internacional. El levantamiento del primero de enero tenía la carga simbólica de repudio al TLC, pero no implicaba ninguna amenaza en contra del gobierno de Estados Unidos y menos del pueblo estadounidense. Confiados en los ejemplos de Europa del Este, consideraron que en el mundo había sensibilidad para un alzamiento en contra de la larga dictadura de un partido de estado. Cuando los bombardeos arreciaron contra la población civil, hicieron un llamado al gobierno y al pueblo de Estados Unidos para denunciar que las ayudas que ese país daba al gobierno mexicano para el combate al narcotráfico se utilizaban para masacrar a la población civil.

El EZLN defendió que su lucha era justa.⁸ Hizo ver que si no se hubiera dado el levantamiento armado los problemas indígenas seguirían desatendidos. Recalcó que para que el gobierno volviera la vista a ese rincón olvidado del país había sido necesario que clamara el fusil zapatista. Exigió que se le reconociera como fuerza beligerante que se atenía a las leyes internacionales de la guerra. Y así procedió.

Las demandas del neozapatismo se encierran en la consigna "libertad, justicia y democracia", que fue desglosada en diez puntos: los cinco primeros relativos a cuestiones materiales básicas (tierra, trabajo, techo, alimentación, salud) y los otros cinco a aspiraciones fundamentales e irrenunciables del espíritu humano (independencia, libertad, democracia, justicia y paz). Si bien los reclamos neozapatistas han sido anhelos presentes en las revoluciones de los últimos dos siglos, su consecución ha flaqueado ya por la falta de justicia, ya por la carencia de libertad. Los neozapatistas muestran la novedad de su movimiento al conjugar estas exigencias, a las que vuelven a añadir la de libertad, que se ha ido perdiendo en un mundo globalizado donde un puñado de consorcios trasnacionales impone su voluntad y condiciones a la mayoría de la humanidad. Los neozapatistas aclararon que sus demandas no tienen que ver sólo con los indígenas de Chiapas, sino con todo el país. En esta forma, ante un modelo económico y político que se ha caracterizado por beneficiar a manos llenas a unos cuantos y por excluir a los más, y donde se ha privilegiado la negociación desvinculante de los grupos afectados, el movimiento neozapatista echaba a andar en un sentido totalmente diverso: el de la inclusión en todos los sentidos. Sus reivindicaciones económicas, políticas y sociales conllevan también un repudio contra el racismo, la marginación y la falta de res-

peto a la dignidad de la persona y a su cultura. El neozapatismo se levantó contra el mal gobierno. No acepta una democracia simulada. Exige cambios que garanticen una auténtica democracia. Los neozapatistas han recalcado que no puede haber un cambio democrático vigilado por un gobierno ilegítimo. Es necesario llegar a una ley electoral justa. No acepta que ya se acabó la reforma agraria. No quiere volver atrás: exige leyes nuevas para repartir la tierra. Ve interconectados los requerimientos de democracia (para decidir la propuesta social), de libertad (para suscribir una u otra pro-



puesta) y de justicia (a la que todas las propuestas deberán ceñirse). Los zapatistas han insistido en el reconocimiento de autonomías regionales, de regiones pluriétnicas, de gobiernos locales indígenas, de congresistas y funcionarios indígenas que representen los intereses de los indios.⁹ Una meta importante es la recuperación de la dignidad. La patria que quieren tiene que renacer otra vez. El neozapatismo propone la construcción de un mundo mejor para todos y no para unos cuantos.

Gobierno a la deriva

El gobierno salinista reconoció que había mucha miseria en Chiapas, pero sostuvo la tesis de que era equivocado asociar la pobreza con la violencia. Primero lanzó al ejército mexicano a tratar de acabar con los insurrectos, acción en la que el régimen cometió muchas violaciones a los derechos humanos, denunciadas y comprobadas nacional e internacionalmente.¹⁰ La presión de la sociedad civil obligó al gobierno a tratar de buscar una salida política al conflicto. El gobierno y sus voceros inútilmente quisieron convencer a la opinión pública de que no se trataba de un levantamiento indígena. Imputaba la respuesta violenta ante la miseria a la presencia de un grupo armado y entrenado en el que había extranjeros. El salinismo defendió su proyecto económico y anunció que el programa de ayuda diseñado como paliativo, el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), proseguiría. En vez de sacar la conclusión de que el Pronasol era inoperante debido a que si en Chiapas, donde se había utilizado mucho ese programa, había prendido el levantamiento armado, anunció que la salida sería ofrecer más de lo mismo. La única culpa que reconoció fue de lejanía de autoridades del pueblo y de falta de comunicación en instancias gubernamentales.¹¹ El empecinamiento en querer afrontar los graves problemas con más ayuda asistencial ineficaz (porque no va a la raíz y es incapaz de tocar los latifundios y de frenar los abusos de los ricos) implicó un error más del salinismo. Lo que hace falta es cancelar ese esquema de relación entre el estado y las etnias. El gobierno no quiso aceptar que el Pronasol hubiera fracasado. Aseguró por todos los medios que la política económica proseguiría. Remachó que el reparto agrario había concluido, y proclamó que no variarían su programa agropecuario supeditado a las exigencias del TLC. Cuando una gran cantidad de presidentes municipales de la zona en conflicto fueron cuestionados por muchas agrupaciones indígenas, el gobierno apoyó a los impugnados. Las complicidades con los grupos de

interés creados y fortalecidos durante la gestión salinista y los deseos de continuismo han estado trabando al régimen, que pretende salir del embrollo con concesiones menores y puntuales. Pero los neozapatistas han dejado en claro que no basta con que se deriven inversiones hacia Chiapas, sino que se requiere una transformación profunda, tanto en el poder político como en la sociedad, que destierre el racismo y la discriminación. Esto implica necesariamente cambios profundos, de raíz, revolucionarios.

Las confusiones de los defensores del régimen

Los voceros del salinismo se dieron a la tarea de justificar los planteamientos presidenciales con el argumento de que la insurrección no era indígena y que era necesario terminar con ella. Señalaban que el hecho de que hubiera sido planeada era un indicio claro de su falta de carácter indígena, puesto que las anteriores insurrecciones indígenas habían sido espontáneas. Negaban a los indígenas la capacidad de incorporar elementos nuevos a su comportamiento político, negaban su capacidad de autodefinición. La cabeza del grupo de la revista *Nexos*, Aguilar Camín, calificó los planteamientos del EZLN como resumidero de delirios ideológicos y militares que agrupaban una peligrosa colección de desechos, entre los que ennumeraba la ideología de la vieja y nueva izquierda, las reliquias de la teología de la liberación y desempleados de las guerras centroamericanas.¹² Por su parte, Octavio Paz, líder de la revista *Vuelta*, calificó las ideas del EZLN como simplistas, propias de gente que vive en otra época "distinta a la nuestra". Al carácter quimérico de la sublevación le veía añadido el culto a la violencia. Todo se podía sintetizar en un arcaísmo socialista. Hubo rasgaduras de vestimentas porque el día que se suponía que México entraba al primer mundo por el inicio del TLC, unos grupos indígenas "manipulados" habían agitado la fiesta.¹³ Fue condenada la acción armada porque la consideraron una aventura sin sentido. Los intelectuales salinistas achacaron a los dirigentes del EZLN padecer un delirio ideológico en el que descubrían elementos del maoísmo, del guerrillerismo de los años setenta, de las experiencias centroamericanas o de ciertas interpretaciones extremas de la teología de la liberación.¹⁴ Contra la insistencia de los mismos neozapatistas, parecían no querer reconocer que las grandes influencias provenían de la misma Revolución mexicana.¹⁵ Más allá de esta inspiración, el proceso que empujaban los neozapatistas constituía una novedad tanto en los objetivos como en las formas

de lucha, que no se reducían sólo a un movimiento armado. Los neozapatistas rescatan las lecciones de la Revolución mexicana, pero se distancian de aquel proceso que fue una confrontación de distintas guerras con la hegemonía final de una sola, la cual aplastó a las que enarbolaban las demandas campesinas.

Los intelectuales coptados por el salinismo se pronunciaron contra lo que calificaron de oposicionismo irresponsable, y llamaron a desmontar y derrotar política e ideológicamente las concepciones enarboladas por el EZLN. Así, aunque se veían precisados a reconocer que las demandas eran justas, recurrían a una condena metafísica y absoluta de la vía armada. Sin calibrar lo que había implicado la presión de amplios sectores de la sociedad civil para detener la guerra, pidieron que no se le regatearan méritos al salinismo.¹⁶ Como los intelectuales porfiristas, los defensores del régimen no han acertado a comprender los profundos porqués ni los alcances de los para qué de un movimiento que los ha rebasado totalmente.

Una fuerza beligerante y la mayoría de la sociedad civil

Pese a esos intentos por apuntalar al gobierno, la opinión pública mayoritaria se inclinó por aceptar la justeza de las demandas de los neozapatistas. El descrédito gubernamental fue grande, y el alzamiento del EZLN implicó el más serio cuestionamiento al régimen salinista. El mito de la estabilidad priísta se vino abajo. Fueron cuestionados no sólo el ejército, el gobierno y el presidencialismo, sino también todo el sistema político mexicano. "La crisis chiapaneca modificó el escenario político y le borró el programa al proyecto del actual gobierno, recompuso el papel de los partidos en un año electoral y mostró el lugar que ocupaba cada quien en ese escenario".¹⁷ La sociedad civil fue interpelada.

Los zapatistas de finales de siglo se defendieron de las imputaciones que el gobierno y sus voceros les hicieron. El mismo comisionado personal de Salinas para negociar la paz, Manuel Camacho, tuvo que reconocer que el EZLN no tenía en sus filas ni en sus organismos de dirección ningún extranjero, que no había recibido apoyo o asesoría de movimientos revolucionarios de otros países ni de gobiernos extranjeros, que los mandos y elementos de tropa del EZLN eran en su mayoría indígenas chiapanecos que representaban al sector más humillado y desposeído del país. Los neozapatistas precisaron que no tenían liga alguna con autoridades religiosas católicas ni de ningún otro credo. A los intelectuales

que dudaban que los indígenas pudieran tener conciencia nacional los neozapatistas les respondían que esa apreciación mostraba desconocimiento de los indígenas que componían el EZLN.

Una vez que el gobierno se convenció de que la solución no podía ser militar sino política, ofreció una ley de amnistía que de paso servía de cobijo para la impunidad de gobernantes y poderosos de la entidad. Los neozapatistas adujeron que las condiciones de concertación propuestas por el salinismo eran inaceptables, y que no depondrían las armas hasta que sus demandas fueran cumplidas. Además, el no desarmarse era una garantía para seguir con vida en un medio tan hostil. En esta forma dejaron en claro que si no había democracia la guerra continuaría. Las primeras respuestas del Comisionado para la Paz, Manuel Camacho, no fueron de su agrado. Los neozapatistas exigían el reconcimamiento como fuerza beligerante. Camacho respondió que los veía como fuerza política en formación. Los neozapatistas arguyeron que en los hechos habían mostrado ser una fuerza política y militar bien constituída. Insistieron que no estaban arrepentidos de lo que habían realizado, y que por lo tanto no estaban dispuestos a someterse a una amnistía que implicaba que pidieran perdón. No podían autocriticarse el haberse preparado bien para la guerra, el no haber aceptado con humillación asumida la gigantesca carga histórica de desprecio y abuso. Preguntaron cuánta sangre se necesitaba para que el gobierno entendiera. Estaban de acuerdo con un diálogo, pero no con un monólogo gubernamental. Apuntaron que la traición, como la que había sufrido Zapata, se presentaba como una probabilidad. Al hacerle juicio al ex gobernador General Absalón Castellanos, a quien habían tomado como rehén, lo condenaron a vivir hasta sus últimos días con la vergüenza de haber recibido el perdón de aquellos a quienes tanto humilló. El EZLN aceptó devolver a este prisionero ante la presencia de la Cruz Roja Internacional, con lo cual sentó el precedente de estarse comportando como fuerza beligerante que asumía las normas internacionales de la guerra. Los neozapatistas mostraron sensibilidad ante las demandas que les planteaba la sociedad civil; han privilegiado el diálogo con ella, y la han invocado para que se incorpore a las transformaciones que el país requiere urgentemente.

El conflicto, la prensa, la iglesia y los partidos

El genocidio que había iniciado el régimen con ataques a centros civiles fue detenido por la presión

de la prensa honesta, de personalidades nacionales e internacionales y de la movilización de la sociedad civil que levantó la voz de condena.¹⁸ Mientras los medios electrónicos nacionales, en particular Televisa, se dedicaron a distorsionar la información, hubo una prensa escrita que fue importante para impedir el baño de sangre. Así lo reconoció el EZLN, quien criticó a Televisa y a los servidores de la mentira, y a los demás medios nacionales e internacionales les pidió que siguieran informando con la verdad. La información de los hechos y la difusión de los planteamientos del EZLN contribuyeron a que amplios sectores apoyaran la paz y las demandas de los neozapatistas. Ante las presiones y hostigamientos contra comunicadores sociales se levantó también una defensa de la libertad de prensa, pero también se acotó que concomitantemente con la libertad estaba también el derecho de la sociedad a recibir una información veraz, cosa que los medios aliados al gobierno escatimaban. Si los informadores veraces se reivindicaron, Televisa, apoyo fundamental del régimen, fue muy cuestionado y su escasa credibilidad sufrió aún más merma. Los neozapatistas se indignaron de que se hubiera aprovechado su imagen para comercializar, consideraron que eso era un insulto para sus muertos.

El conflicto también sirvió para arrinconar posturas eclesiásticas aliadas estrechamente con el régimen. El Nuncio Apostólico, Prigione, por presiones del gobierno unas semanas antes del estallido había querido sacar de la diócesis de San Cristóbal al Obispo Samuel Ruiz, quien le resultaba molesto al régimen porque se había comprometido con las causas indígenas. Hubo una amplia opinión pública nacional y extanjera que impidió esa maniobra. El Nuncio había conseguido que de manera elitista se recompusieran las relaciones entre el estado mexicano y el Vaticano. Esto obligó a un mayor alineamiento del Nuncio con el gobierno, como se evidenció con su apoyo al poco creíble y repudiado dictamen gubernamental sobre el asesinato del Cardenal de Guadalajara en 1993. Con el conflicto armado chiapaneco la correlación de fuerzas eclesiales varió sustancialmente. Los alzados pidieron que el Obispo Samuel Ruiz fungiera como mediador. El gobierno no tuvo más que aceptar esta medida. El Episcopado Mexicano, anteriormente tan manipulado por el Nuncio, cosa que había ido provocando descontento soterrado, no sólo no condenó a los neozapatistas como había exigido en un principio Salinas, sino que apoyó las gestiones pacificadoras del Obispo Samuel Ruiz. Se incrementó un movimiento dentro de la iglesia católica mexicana para exigir que el Nuncio Prigione dejara ese cargo. Ante

la nueva coyuntura, la figura del Nuncio también implicó un peso muerto para el salinismo. El estallido incidió en que los cambios legales introducidos por el salinismo en materia de iglesias propiciaran más el apoyo de las demandas de los alzados que el seguimiento del libreto diseñado por los salinistas en el contexto de compromisos elitistas.

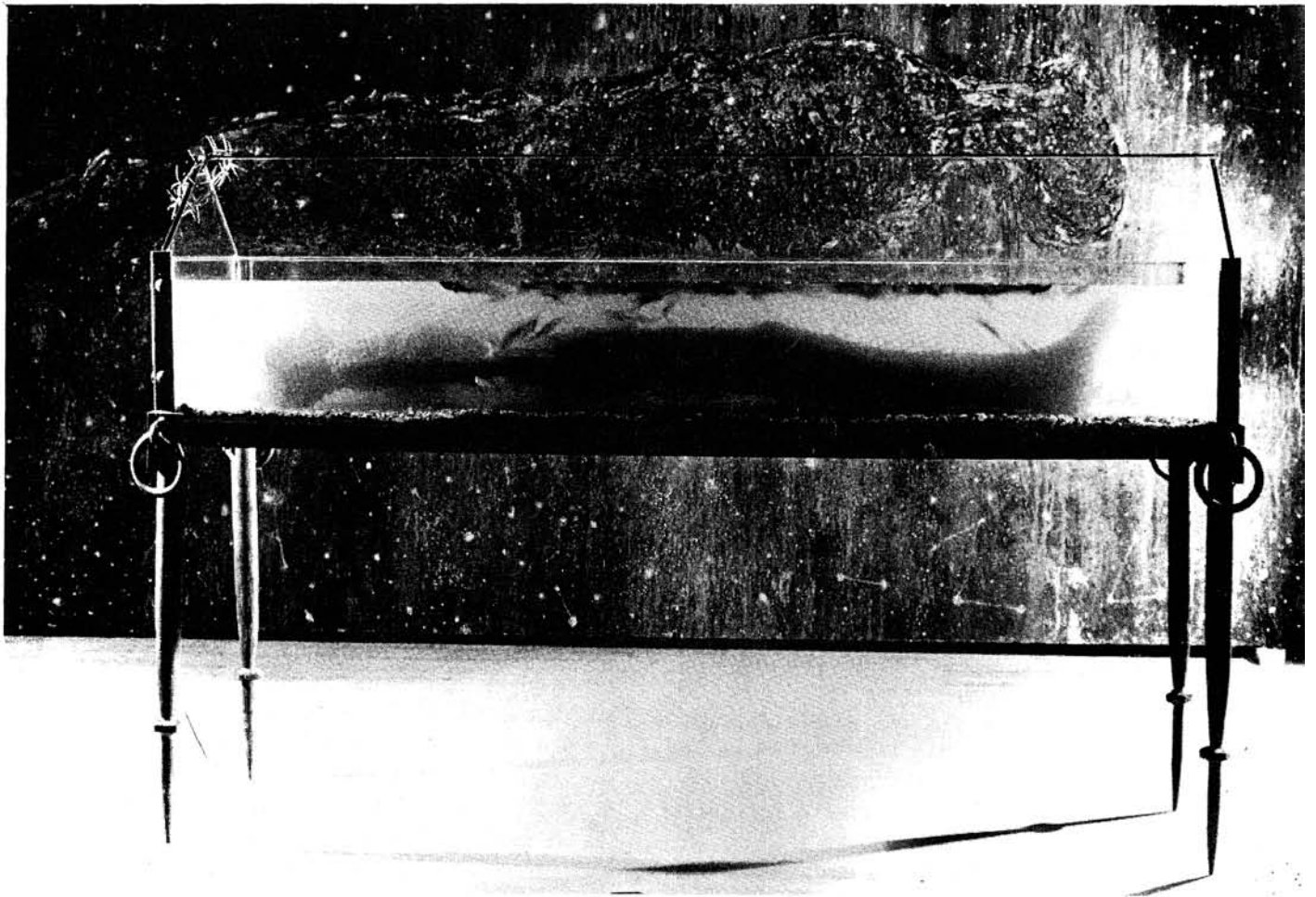
El alzamiento significó un fuerte cuestionamiento a la vía electoral deformada, y de alguna manera a los mismos partidos políticos, en particular al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y a la modalidad del partido del estado, esa sí grillete de un pasado que debía superarse. El partido oficial, más allá de encuestas muy publicitadas, se desdibujó y perdió influencia. Su candidato presidencial, dócil figura del continuismo, fue ratificado autoritariamente por segunda ocasión por Salinas. El EZLN cuestionó el signo antidemocrático de esa actuación. Un presidente que se supone debe gobernar para todos no debía imponer un candidato ni colocarse por encima de la voluntad ciudadana para asegurar su triunfo. El candidato del partido del estado trató de prometer un nuevo país, sin ninguna autocritica a su corresponsabilidad en la política económica y en la antidemocracia imperante; este desgastado recurso disminuyó todavía más su escasa credibilidad. Las exigencias aun de los mismos grupos priístas no se conformaban con promesas. Demandaban soluciones inmediatas a problemas relegados. El candidato del Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) se ofreció a ser el brazo político del EZLN, que rechazó el característico oportunismo de ese partido. Los zapatistas enfatizaron que no pretendían que ganara tal o cual partido sino que hubiera justicia y democracia.

El Partido Acción Nacional (PAN) criticó la violencia del EZLN, demandó que dejara las armas y que, sin capuchas, se lanzara a la lucha política abierta. Reconoció que había aflorado una crisis política de profundas dimensiones en la vida de México. Propuso que se atacaran las raíces del estallido y acabar con el autoritarismo, corrupción y mentiras del partido oficial. Criticó las formas jurídicas y las modalidades del diálogo que se inició en Chiapas entre el EZLN y el Comisionado para la Paz, Manuel Camacho. A la invitación que hizo el EZLN a todos los partidos a ese diálogo con el fin de que el próximo presidente, que saldría de la campaña electoral que se estaba desarrollando, asumiera lo que ahí se acordara, el PAN desechó hablar con encapuchados, y el PRI declinó asistir a tal evento. Una vez avanzadas las pláticas y ante la insistencia de los zapatistas de que hubiera un gobierno de

transición que garantizara las elecciones, la dirigencia panista declaró que no había sido prudente haber entablado negociaciones con grupos armados. Por su parte, el EZLN asumió una verdadera postura democrática al hacer una invitación a representantes de todos los candidatos contendientes, a uno de los cuales las elecciones libres que estaban demandando beneficiaría. Un ex panista, Bernardo Bátiz, aconsejó a quienes (como el escritor Luis Pazos o como la dirigencia panista) ponían en tela de juicio la acción del EZLN recordar los principios cristianos de resistencia a la opresión y de la legítima defensa. Podían acudir a los doctores y padres de la iglesia y a los teólogos del siglo XVI que tanto habían esclarecido ese punto. Bátiz recalcó que no se podía juzgar una actitud tan valiente como era la de arriesgar la propia vida y la de buscar el bien de otros con el sacrificio propio desde la petulancia y la comodidad y a partir de la defensa de las inversiones extranjeras.¹⁹ Con la nueva coyuntura, al PAN, que había apostado (como sus altos dirigentes lo confesaban en privado) a la continuidad salinista (encarnada en Colosio) y a incrementar un poco su nivel de votación, se le resquebrajó la funcionalidad

del esquema del maridaje con el partido del estado. El panismo había preferido la llamada "concertación" que, al margen de la ley, a través de negociaciones privadas con el poder, lograba no la democratización del país sino incrementar sus posiciones políticas. En las nuevas circunstancias esa alianza ya no le redituaba al gobierno, y la dirección nacional del PAN pagaba alto su identificación salinista. Los neozapatistas criticaron que el candidato presidencial panista, preocupado por sus pasamontañas, no estaba proponiendo un diseño de una nueva sociedad a la ciudadanía. Frente al conflicto, el PAN no sólo fue rebasado sino que él mismo se marginó.

El Partido de la Revolución Democrática (PRD) inmediatamente exigió que se le diera al conflicto una salida no militar sino política. Apuntó que dada la situación de miseria se esperaban estallidos sociales, pero que nunca se pensó en la posibilidad de una confrontación armada. Criticó que ante la problemática chiapaneca no se hubiera dado a tiempo una solución obviamente no represiva sino de atención a las urgentes necesidades sociales. Señaló que había grandes coincidencias en los objetivos planteados por los neozapatistas y los propuestos por el



perredismo. Para el PRD las demandas del EZLN implicaban una refundación del estado nacional sobre bases distintas, democráticas y justicieras. Se destacó que el estallido chiapaneco había encendido la conciencia nacional. En Chiapas se había mostrado la crisis del sistema. El PRD exigió que no se suspendieran las elecciones, que se garantizara legalmente que éstas fueran limpias y confiables. Con amplias movilizaciones se sumó al reclamo zapatista de la renuncia de Salinas para llegar a un consenso sobre medidas que aseguraran unas elecciones limpias. Los cardenistas aclararon que si no había reformas de fondo, entre las que destacaba la imparcialidad de los organismos electorales, no aceptarían más compromisos, con lo cual se resguardaría como la fuerza política con autoridad moral para impugnar las violaciones electorales en los comicios presidenciales de agosto. Cárdenas instó a Salinas a que si no mostraba capacidad para asegurar unas elecciones transparentes (con organismos electorales verdaderamente imparciales, con un padrón realmente confiable, con gastos de campañas equitativos en los que no intervinieran recursos del estado en beneficio de un partido, y con medios electrónicos abiertos e imparciales) renunciara. A pesar de que las encuestas que proliferaron en las primeras semanas de 1994 no le auguraban porcentajes muy altos al neocardenismo, su influencia en la movilización de masas fue en incremento. El estallido chiapaneco lo dinamizó.

Los neozapatistas fueron muy cuidadosos al referirse a los partidos y trataron de mantener imparcialidad. Sin embargo no aceptaron convertirse en un partido más. Reconocían su importancia, pero se sumaban también a la distancia que ante ellos tenían muchos movimientos. El mismo diálogo que tuvieron los representantes partidistas con el EZLN hizo más desconfiados a los neozapatistas, pues algunos representantes se pusieron a competir entre ellos mismos frente a los neozapatistas, en vez de entablar un verdadero diálogo con ellos. Les parecieron más dispuestos a hablar que a escuchar (por los reportajes, esto se refería principalmente al PFCRN). A los nuevos zaptistas tampoco les gustó percibir que algunos quisieran aprovechar su movimiento. Aclararon que no habían querido señalar en particular a alguno de los partidos, sin embargo a través de un comunicado subrayaron que el PRD no estaba incluido en esas críticas. El proceso que habían desatado, aunque incluía la necesidad de los partidos y el respeto al triunfo de quien verdaderamente ganara, no conllevaba la intención de beneficiar a ningún partido ni de prestarse al juego de las pugnas interpartidistas en torno a la candidatura

presidencial que a raíz del conflicto se había intensificado.

Los neozapatistas como catalizadores

Muchas agrupaciones y movimientos sociales demandaron la paz, pero no una paz como la anterior al conflicto, que ocultaba las causas que provocaron el estallido, sino una nueva y sobre sólidas bases. Se manifestó un gran consenso popular en torno a las demandas de los neozapatistas. Hubo muchas marchas en varias ciudades del país. Una multitudinaria en el Distrito Federal enfatizó su rechazo al genocidio. Las organizaciones no gubernamentales apoyaron el proceso de paz y se prestaron a ser cinturón de seguridad de los representantes del EZLN. Los campesinos e indígenas no alzados en Chiapas así como muchos grupos indígenas de diversos puntos del país expresaron su solidaridad con las demandas de los zapatistas y exigieron el reconocimiento del EZLN. Campesinos medios, como los agrupados en contra de las carteras vencidas en el movimiento denominado El Barzón, pidieron que sus peticiones las pusieran en la mesa de las negociaciones los zapatistas. Aun obreros petroleros solicitaron que en el diálogo que tendrían los zapatistas con el Comisionado por la Paz se incluyera un pliego de demandas de estos obreros. Pese al esfuerzo gubernamental en contrario, se fue imponiendo un convencimiento general de que lo que sucedía en Chiapas implicaba a todo el país. Los neozapatistas fueron apoyados por numerosos grupos indígenas de todo el continente. La demanda de justicia social y de democracia real ha tenido gran capacidad de movilización.

El EZLN aceptó entrar a pláticas de paz aclarando que lo hacía por las presiones de la misma sociedad. Indicó a la comunidad nacional que si la paz era verdadera, si en ella no había solo promesas sino soluciones, ellos la aceptaban. Pero no dejaron de mostrar sus dudas de que se quedara en una maniobra e incluso en una traición. No querían desarmarse hasta que las demandas pasaran del papel a los hechos. Expresaron que querían aprovechar esa ocasión para tener un diálogo con toda la sociedad. El Comisionado dijo en un principio que el diálogo se centraría en puntos regionales. Los neozapatistas insistieron (y a la postre lo lograron) en no dejar de lado asuntos esenciales para la nación, como era la cuestión democrática. Acotaron que una paz sin respeto ni dignidad seguía siendo guerra de los poderosos contra los pueblos. Declararon que no buscaban en el diálogo de paz la esperanza del poder ni la esperanza que fuera

beneficio de unos cuantos, sino la esperanza de la democracia, la justicia y la libertad. Precisaron que habían acudido al diálogo, pero que para pasar a la negociación se requerían muestras claras que fueran aceptadas por todos los insurrectos.

Lo nuevo de esta revolución: su potencialidad convergente

Si la Revolución mexicana se inició con la demanda de sufragio efectivo y en contra de la imposición electoral, los neozapatistas han sido muy consistentes en esta demanda. Por eso mismo han reiterado su exigencia de un gobierno de transición que garantice las elecciones presidenciales de 1994. Han hecho ver que el gobierno salinista, además de estar fincado en el fraude, ha manifestado su parcialidad hacia uno de los candidatos, y que esto no garantiza un clima ni de limpieza electoral ni de paz social, pues está propiciando que si las elecciones no son honestas haya muchos estallidos postelectorales. Los neozapatistas empujaron hacia la transición democrática. La Revolución mexicana se profundizó cuando se sumaron los reclamos de justicia social. La neozapatista los ha combinado ambos desde el principio.

Los acontecimientos de los primeros días de 1994 cumplen con una de las características básicas de las revoluciones, a saber su potencialidad emergente desde la misma base popular.²⁰ Se trata de un episodio dramático que apunta hacia un cambio político y social no en la superficie sino en el núcleo mismo del estado y de la sociedad. Otra de las notas de la situación revolucionaria también se ha hecho patente: que el gobierno tenga gran dificultad para encarar todos los reclamos, y que cada vez más gobernados ya no quieran proseguir en la situación anterior de sometimiento. Un elemento más, propio de acontecimientos revolucionarios, ha sido que para el desencadenamiento de una revolución no basta un grave descontento popular, sino que resulta indispensable una buena dosis de organización.²¹

Esta revolución, como las demás que han existido en los últimos dos siglos, pretende la transformación de las organizaciones estatales y cambios en la composición clasista de la sociedad. Como la coyuntura internacional siempre influye en el éxito o fracaso de intentos revolucionarios, los neozapatistas han sido habilidosos en influir en el ánimo internacional en favor de sus demandas y en apuntar que el cumplimiento de éstas no afecta a gobiernos y pueblos de los demás países, en particular los de Estados Unidos.

El EZLN aprendió de las guerrillas de los años setenta. Sacó lecciones de las revoluciones centroamericanas. Apuntó que de la nicaragüense había aprendido a desconfiar de lo electoral y que de la salvadoreña a no desarmarse, pues muchos combatientes salvadoreños han muerto asesinados por los escuadrones de la muerte. El EZLN no remite a los planteamientos del marxismo leninismo clásico. Hay un aprendizaje de las tendencias últimas de los movimientos sociales mexicanos en busca de formas nuevas de transformación.

Los neozapatistas se distancian de las visiones leninistas de la revolución. Para Lenin la cuestión central de una revolución es el poder del estado.²² Los neozapatistas buscan un poder construido desde la base de la sociedad. Así se contraponen a las posiciones estatistas de las revoluciones. El impulso neozapatista de base y contrario a las soluciones burocratizadas también va en sentido distinto a las explicaciones weberianas de las revoluciones, según la cual éstas sólo generan la dominación burocrática. En contraste con la postura de las revoluciones clásicas (de conquistar el poder del estado para desde ahí hacer las transformaciones), se llama a configurar el poder social desde abajo, transido de multiplicidad de intereses diferentes y aun divergentes, pero con capacidad de fraguar objetivos comunes que, trascendiendo la simple confluencia antisistémica, imaginativamente garantice que todo poder se ponga efectivamente al servicio del pueblo. En este sentido los neozapatistas participan de la dinámica de los nuevos movimientos sociales que no se colocan en el terreno exclusivo de la conquista del estado, sino en otra concepción del poder social. La conquista del poder del estado no es la clave de solución. Hay muchos otros espacios. Se pone el acento en el contenido multiforme del poder. Se rechazan los autoritarismos de todo tipo y los caudillismos.²³ El tan traído y llevado problema de que encubrían sus rostros con pasamontañas resultó también signo nuevo. Es no sólo una defensa de identidad contra la represión sino también un rechazo a caudillismos y una conformación de un símbolo colectivo, de una cuasa como rostro oculto que permite oír mejor la voz. Y si la prensa, debido a la función necesaria que tenía Marcos como vocero y traductor de lenguas indígenas, ha contribuido a enaltecer esa figura, su ejercicio real está subordinado a decisiones de tipo colectivo. En esta forma, el encubrimiento resulta paradójicamente una personificación colectivizante. Lo que importa con ese enmascaramiento no es lo que oculta sino lo que simboliza. Se personifica no un individuo sino una causa colectiva.²⁴

Otra novedad de esta nueva revolución la constituyen precisamente las características del grupo dinamizador del inicio de la misma. En las anteriores revoluciones, dirigentes de capas medias, intelectuales, constituían la dirigencia que era seguida por masas. El neozapatismo ha hecho ver que, más allá de su vocero Marcos, existe de hecho una dirección colectiva indígena bien articulada que en realidad ejerce el papel directivo fincada en una amplia práctica democrática. Es una revolución impulsada por los más desprotegidos, que maximizan su sabiduría popular, pero que provienen de niveles marginales de la educación nacional. Ha sido empujada por los más marginados.

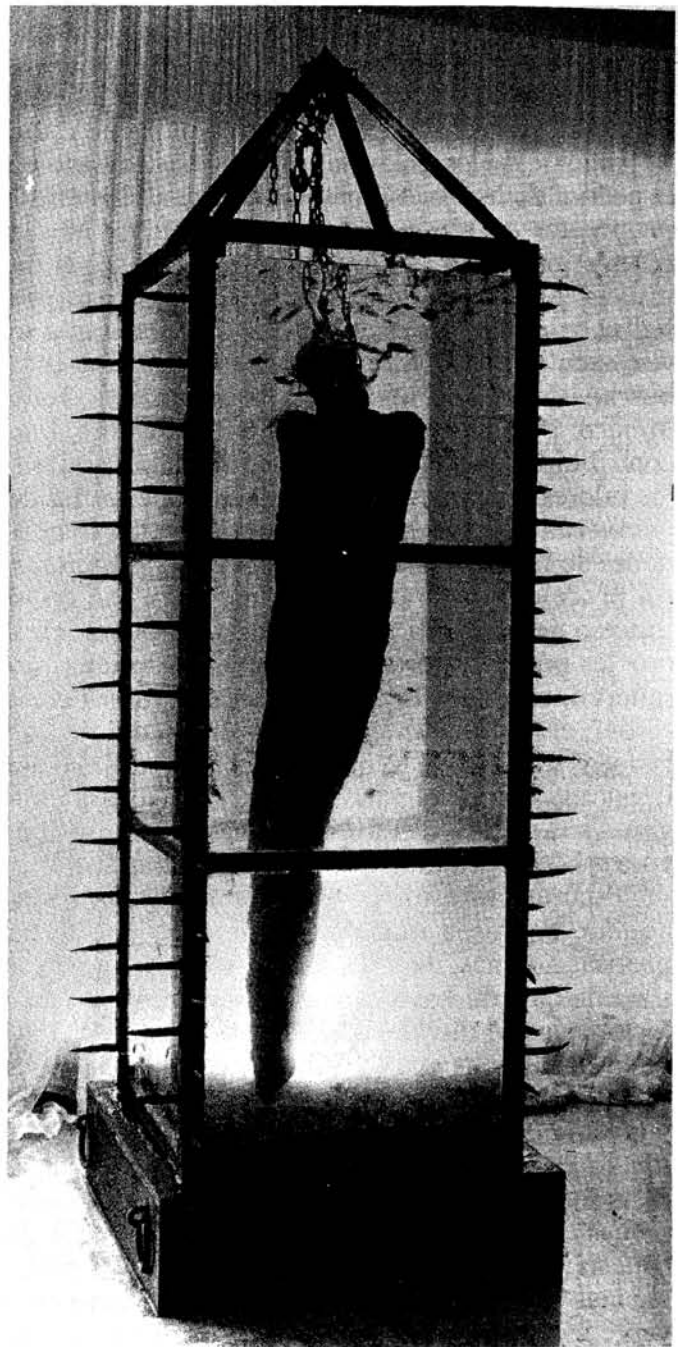
El EZLN ha sido muy claro en sus reclamos y en las consecuencias de las pláticas de paz aceptadas. Los neozapatistas han recordado que si deben elegir caminos, siempre escogerán el de la dignidad. Si pueden encontrar una vida digna, seguirán viviendo; si no, están dispuestos a morir por esa causa. Enfatizaron que si el gobierno federal estaba dispuesto a cobrar con sangre sus demandas de justicia, libertad y democracia, no dudarían en pagar el precio. No están dispuestos a la paz a la que quieren volver los poderosos, desde los funcionarios hasta los líderes indígenas corruptos. La paz por alcanzar debe ser una refundación. Durante los últimos días de febrero de 1994 las pláticas de paz fueron avanzando en puntos de promesas de soluciones sociales; pero también encontraron obstáculos en lo tocante a la democratización en la creciente actitud hostil de los ganaderos. No obstante, los neozapatistas lograron que se llegara a la decisión de abrir el debate nacional en torno a este punto. En lo avanzado, los neozapatistas eran conscientes de que hasta entonces todo estaba quedando en respuestas de papel. Otra de las grandes novedades en este tipo de pláticas de paz fue que los neozapatistas señalaron con determinación que no todo se resolvería en la mesa del diálogo. Se necesitaba un proceso de consulta a fondo sobre los acuerdos que adoptarían, pues si democráticamente habían decidido la guerra, también en la misma forma deberían asumir la paz. Pero en su ánimo no particularista, que involucraba a toda la sociedad, propusieron además realizar una amplia consulta nacional sobre los acuerdos a los que se llegaran. Con esto querían que intervinieran en el proceso y se movilizaran amplios sectores que tenían similares problemas en todo el país. En esta forma, independientemente del destino del mismo grupo catalizador, se abría un proceso de amplias dimensiones.

Una importante distinción de esta nueva revolución respecto de las anteriores ha sido que, en

distancia con las clásicas posturas marxistas, no se ha proclamado su necesidad, ni se ha asignado su conducción a una sola clase que se proclame como portadora del cambio histórico. Más que el elemento violento, lo que la caracteriza es su fuerza moral irradiante. Esta nueva revolución se distancia de las concepciones que interpretaban que los estallidos de esta naturaleza no se daban en situaciones de extrema pobreza sino de gran defraudación de lo que se esperaba ante una recuperación económica.²⁵ La actual ciertamente incluye los elementos de defraudación, pero en un ambiente de extrema y creciente pobreza. Una situación revolucionaria se da cuando el pueblo evalúa que hay una gran distancia entre lo que recibe y aquello a lo que tiene derecho. Sin embargo, la sola frustración no es suficiente para detonar una revolución. Se ha ido generando una dinámica antisistémica que encontró su punto de detonación en un agrupamiento indígena armado que respresenta a los sectores más golpeados por la política neoliberal y por el autoritarismo y desprecio gubernamental. Ha logrado nuclear una crítica activa en contra del capitalismo realmente existente. Fraguó lúcidas evaluaciones de tipo político que han ido siendo retomadas por más grupos sociales. Se trata indudablemente de un fenómeno revolucionario puesto que busca una transición hacia formas de vida totalmente nuevas para las cuales no bastan soluciones que no atiendan las raíces del malestar social y político. Ha mostrado cómo las masas desposeídas no sólo se mueven por detonantes económicos, que los reclamos de participación política resultan fundamentales.

Otra innovación ha sido el trato a enemigos y desertores. La condena al General Absalón Castellanos antes de liberarlo se centró en un aspecto moral. En cuanto a quienes desde hace tiempo han ido decidiendo no proseguir en la lucha armada, los neozapatistas han preferido confiar en ellos y no seguir las antiguas prácticas de otras guerrillas que por salvaguardar al grupo los perseguían hasta matarlos con el razonamiento de que podían delatar sus posiciones. Dado que el movimiento revolucionario ya no puede depender de un solo agrupamiento, los zaptistas se han esforzado con relativo éxito en ampliar una conciencia en torno a la transformación que México necesita. Han propiciado amplias y complejas convergencias. Su gran novedad radica precisamente en las formas de articulación que se están encontrando para las convergencias, donde se propone no la hegemonía de un núcleo, ni siquiera del que ha expuesto su vida, sino una hegemonía compartida en un movimiento popular pluralista. Esta convergencia es opuesta a

cualquier imposición, y llama a su constitución a través de la conformación de consensos. Los neozapatistas lejos están de viejas constumbres capillistas sectarias. Han enfatizado la búsqueda de objetivos comunes unificadores. De hecho se ha ido proponiendo la construcción de un bloque histórico de los oprimidos e inconformes de todo tipo. El EZLN ha propiciado la dinamización de un movimiento de amplia convergencia. Ha logrado convocar a un gran contingente heterogéneo en torno a demandas de justicia y democracia. Los neozapatistas no quisieron imponer a todos la forma de lucha que ellos adoptaron, no llamaron a la nación a levantarse en armas: reconocieron que había una multiplicidad de formas de lucha. Convocaron a la formación de un gran movimiento nacional revolucionario en donde tenían cabida todas las formas de organización social que se plantearan con honestidad y patriotismo el mejoramiento de México. Tampoco quisieron constituirse en vanguardia. Se reconocían como un detonador, un catalizador, pero al fin y al cabo como una fuerza más en un conjunto. Se dirigían a los indígenas de Chiapas, a los de todo México, a los campesinos, a los estudiantes, a los maestros, a los trabajadores, a las mujeres, a los niños, a los ancianos, a los hombres, a todos. No demandaban algo especial para ellos. Exigían soluciones para todos. Invitaban a que cada quien, desde sus organizaciones y desde sus formas de lucha, uniera su corazón en torno a las demandas de libertad, democracia y justicia. Reiteraron que no perseguían el poder político. Precisaron una y otra vez que su forma de lucha no era la única. Confesaron que no pretendían que los demás se aglutinaran bajo su bandera, sino que querían ser uno más que marchara al cobijo de una bandera más grande y poderosa. Solicitaron que no se les dejara solos. Estaban convencidos de que el cambio revolucionario en México no sería producto de la acción de un solo agrupamiento, y que no se encaminaría en un solo sentido. No era cuestión de si el proceso sería una revolución armada o pacífica, sino una revolución que resultara de la lucha de variados frentes sociales con muchos métodos, con distintas formas sociales, con grados diversos de compromiso y participación. Su resultado sería no el de un partido, organización o alianza de organizaciones triunfantes con su propuesta social específica, sino una suerte de espacio democrático de resoluciones de la confrontación de diversas propuestas políticas. Ese espacio democrático de resolución debería estar sostenido en el trípode de la democracia, la libertad y la justicia. En esta forma el cambio revolucionario en México no tendrá una



dirección única, ni estará empujado por una sola agrupación ni necesitará un caudillo que la guíe.²⁶ Esta gran propuesta convergente es una gran novedad en sí misma revolucionaria.

Ante sus planteamientos de convergencia quedan refutadas las críticas de quienes sostienen que el EZLN es un agrupamiento que no sabe vivir el tiempo actual sino que quisiera retroceder. Tampoco se trata de una revolución que anticipara el futuro, como han indicado otros. Nos encontramos ante un proceso revolucionario de este tiempo, que se fue configurando por tendencias convergentes de los últimos años. Se trata de una revolución porque en sí misma ya removió las conciencias de gran parte de contingentes. El EZLN no está buscando conquistar el poder cupular sino formas nuevas de convivencia social. Es independiente de los partidos, aunque reconoce la función política de éstos. El lenguaje de los zapatistas es nuevo, enraizado en la poética del maya. No hay una racionalidad en sus propuestas en términos de costo-beneficio; hay la renovación de un sentimiento colectivo ante la injusticia. Mientras algunos articulistas hurgan por hallar culpables del estallido que les premitan a su vez exculpar al gobierno salinista, los zapatistas buscan solución a los graves problemas de todo México. Pese a lo desprestigiado del término, han contribuido a una revolución cultural. Han puesto los valores fundamentales de nuevo a operar: los de una verdadera solidaridad y atención a las necesidades de los más. Aun para ir a la guerra siguieron un proceso democrático. No descuidan eso en el proceso de paz. Otra novedad es su ley de mujeres, que les permite a éstas no casarse con quienes no quieran, tener los hijos que decidan que puedan cuidar, el derecho a tener cargos en la comunidad, a decir su palabra y que se les respete. Eso ha implicado una revolución en la misma cultura indígena. Irradiando con frescura una cultura, se convoca a la defensa de toda cultura popular.

Estamos ante un proceso de larga duración, aunque la chispa inicial se ubique en una fecha precisa. Además, dada la complejidad, tampoco se trata de que ahí haya nacido todo el impulso revolucionario. Se dio la visibilidad del desencadenamiento, pero hay muchísimos antecedentes. Los zapatistas han logrado, pese a los esfuerzos del salinismo por aislarlos y por circunscribir el conflicto a lo local, centrar las atenciones del gobierno y de la sociedad no sólo en lo local sino en sus conexiones con lo nacional. Tuvieron la sabiduría de conectarse y de empujar hacia demandas de carácter más general. Empujaron hacia una nueva convergencia. Fueron catalizadores de un proceso más

amplio en un ambiente de creciente descontento soterrado. Influyeron en cambios inmediatos en el panorama político y obligaron a que se pusieran en el tapete de la agenda nacional puntos antes descuidados de política social, y sobre todo la exigencia democrática. Lo que evidentemente ha variado ya es la disposición de grandes sectores hacia la posibilidad de la justicia y la democracia. Los cambios que están propiciando, y los que exigen, independientemente de lo que consigan inmediatamente y del destino de los mismos neozapatistas, manifiestan que estamos ante el principio de una nueva revolución mexicana. ▲

Notas

1. Harnecker, M. *América Latina, izquierda y crisis actual*, Siglo XXI, México, 1990.
2. La Red de Organismos de Derechos Humanos aclaró que menos de 7% de los abusos a causa de la guerra eran atribuibles a los rebeldes; el resto correspondía al gobierno mexicano.
3. Muchos estudios antropológicos permiten apreciar los complejos procesos históricos de la región del conflicto bélico hasta el preámbulo de la insurrección. Para contextualizar su inserción en el amplio movimiento campesino latinoamericano se puede consultar el artículo de Guillermo de la Peña, "Rural mobilizations in Latin America since 1920", en *The Cambridge History of Latin America*, vol. VI, PSL, Londres, 1994.
4. En el socialismo real hubo una dictadura del partido sobre el proletariado, de la burocracia sobre las masas trabajadoras. La ausencia de una democracia representativa no fue compensada con la presencia de una auténtica democracia real. A su vez, en los países donde reinó la socialdemocracia, la democracia de los ciudadanos no fue complementada con la democracia de los productores. Sus ideólogos defendieron la coherencia tecnoeconómica frente a un calificado romanticismo blando de las ideologías de los movimientos sociales. Cfr. García, Antonio. *Repensar la izquierda*, Anthropos, Barcelona, 1993.
5. El salinismo prometió crecimientos anuales de 6%. No obstante, sus índices no sólo han estado por debajo del índice del crecimiento de la población, sino que apuntan a estancamientos graves. Además incrementó aceleradamente la brecha de injusta distribución del ingreso.
6. Unzueta, G. "La soberanía reside en el pueblo", en *Memoria*, núm. 63, febrero de 1994. En este escrito se justifica la guerra de los neozapatistas con base en el derecho que se le reconoce al pueblo en el artículo 39 de la Constitución.
7. En uno de los numerosos comunicados del EZLN se recalca que los indígenas durante años habían cosechado la muerte, la ignorancia, la desigualdad social, la injusticia, una paz que era guerra para los oprimidos y explotados.
8. Aunque se levantó un clamor para condenar la violencia en bloque, también hubo voces, aun de obispos latinoamericanos y de teólogos españoles, que recordaron la moral cristiana en torno a la violencia. El Cardenal A. Losrcheider apuntó que el cristianismo prefería la paz a la guerra, pero que desde la Edad Media se había visto que la guerra era lícita cuando no quedaba otra opción. En Chiapas se aplicó la teoría tomista del mal menor, de lo que implicaba

- menos muerte (Cfr. *Proceso*, 7 de febrero de 1994). La Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos emitió un comunicado en donde sostuvo que había sido reconocido que la lucha armada era una forma que utilizaban los pueblos oprimidos para lograr su liberación y su independencia. La rebelión o sublevación armada era una forma de lucha que decidían los pueblos cuando había una situación insostenible, injusta y violatoria de sus condiciones de vida. Recordaron que la historia de México estaba llena de revoluciones armadas para lograr la independencia, para defender la soberanía, para transformar formas de vida y de gobierno. La historia patria reconocía la heroicidad de Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero, Zapata y Villa. Ante las especulaciones de la presencia de catequistas y aun de sacerdotes entre los neozapatistas, algunos historiadores recordaron que decenas de sacerdotes se habían comprometido con las causas de la independencia nacional.
9. Díaz Polanco, Héctor. "Autonomía y racismo", en *Memoria*, núm.63, febrero de 1994, p.19. También se puede ver la serie de artículos de Héctor Díaz Polanco y Gilberto López y Rivas sobre lo que es y lo que no es la autonomía regional aparecidos en *La Jornada* a finales de febrero de 1994.
 10. Se puede ver el artículo de Anne Marie Mergier aparecido en *Proceso* el 28 de febrero de 1994, en donde da cuenta de que la Comisión Internacional de Juristas, Médicos del Mundo y Human Rights Watch evalúan la acción del ejército mexicano en Chiapas y confirman que realizó detenciones masivas, torturas, desapariciones, ejecuciones sumarias y crueldad con enfermos y heridos. En ese mismo número, Carlos Puig sostiene que para Amnistía Internacional la Comisión Nacional de Derechos Humanos ha sido una defensora del gobierno y coadyuvante de la impunidad. Dicha comisión, aunque tardíamente, tuvo que reconocer que el ejército mexicano había realizado ataques aéreos con saldo de muertos y heridos civiles.
 11. Cfr. *Perfil de La Jornada*, 28 de enero de 1994.
 12. Cfr. *Proceso*, 10 de enero de 1994. Conviene ver las argumentaciones de este grupo en torno a Chiapas en *Nexos*, núm.194, febrero de 1994.
 13. Cfr. *La Jornada*, 5 de enero de 1994, y su artículo "Chiapas, ¿nudo ciego o tabla de salvación?", en *Vuelta*, núm.207, febrero de 1994, pp.c-h.
 14. Por cierto, cuando los intelectuales salinistas se refieren a la teología de la liberación han mostrado gran ignorancia.
 15. La toma de postura en torno a la Revolución mexicana de 1910-1917 ha sido clave en la definición del quehacer de todos los agrupamientos políticos del país. Hay grandes tendencias en torno a la categorización de este acontecimiento. Una interpretación señala que no se trató propiamente de una revolución porque no hubo una transformación de la estructuración clasista de la sociedad; se trataría más bien de una rebelión de grandes magnitudes (Ruiz, Ramón. *The great rebellion. Mexico 1905-1924*, Nueva York, 1980). Otros la han invocado como el impulso del estado mexicano y de sus gobiernos autodenominados revolucionarios, aunque últimamente los gobernantes promotores de políticas neoliberales han aminorado las invocaciones a la revolución. Unas corrientes de izquierda propugnaron que debía llegarse a la revolución socialista a través de la Revolución mexicana; otras, se desencantaron del proceso ulterior al periodo armado y lo calificaron de traicionado o inconcluso; otras, la declararon muerta y, por lo tanto, que habría que empujar hacia una nueva revolución que fuera comandada por el proletariado tras sus específicas metas. Los calificativos que distintos historiadores dieron a la Revolución mexicana fueron: nacionalista, antimperialista, liberal, antifeudal, democrática popular y agraria (Bremauntz, Alberto. *Panorama social de las revoluciones en México*, Ediciones Jurídico Sociales, México, 1960; Knight, A. "La Revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente una gran rebelión?", en *Cuadernos políticos*, núm.48, octubre-diciembre de 1986, pp.5-32; Ross y otros. *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, Premiá, México, 1981).
 16. Cfr. el documento suscrito por Rolando Cordera, Gilberto Guevara, José Woldenberg y cuatro más de su grupo, aparecido en el *Perfil de La Jornada* del 10 de febrero de 1994.
 17. García de Laón, Antonio. "Los relámpagos de enero", en *La Jornada Semanal*, 30 de enero de 1994.
 18. Medio centenar de artistas, intelectuales y escritores españoles (entre quienes destacan Fernando Savater, Pedro Almodovar, Rafael Alberti y Manuel Vázquez Montalbán) en carta abierta a Salinas exigieron que el estado mexicano defendiera los derechos de sus ciudadanos. Denunciaron que las acciones militares del gobierno salinista habían afectado gravemente a la población civil chiapaneca. Apuntaron que el hambre, la miseria, la injusticia y la humillación de los indios y los campesinos eran la fuente de la crisis. Exhortaron a resolver el resago social y político y demandaron una salida política al conflicto. También 25 intelectuales franceses y mexicanos radicados en París (entre ellos Henri Leclerc, Jan Riveois y Alain Touraine) mandaron otra carta a Salinas donde criticaron el proyecto de modernización unidimensional y unisectorial aplicado selectivamente. Preguntaron cuándo se pondría fin a la explotación, expoliación y discriminación en que vivían los indios en México. Criticaron el corporativismo, el clientelismo y la usurpación del partido oficial, pusieron en duda la limpieza de las elecciones y criticaron al Pronasol por apoyar los fraudes. Protestaron contra los bombardeos indiscriminados, las ejecuciones sumarias y la masacre a los civiles. Reconocieron el derecho de campesinos e indios a exponer sus aspiraciones. Exigieron el respeto a los derechos humanos.
 19. Cfr. *La Jornada*, 23 de febrero de 1994.
 20. Sartori, G. *La democracia después del comunismo*, Alianza, Madrid, 1993.
 21. Para la discusión de teorías en torno a la revolución se pueden consultar: Arendt, Hannah. *On revolution*, Viking, Nueva York, 1963; Fiedrich, Carl (ed.). *Revolution*, Atherton, Nueva York, 1966; Eisenstadt, S.N. *Revolutions and the transformation of societies*, Free Press, N.Y., 1978; Moore, B. *Social origins of dictatorship and democracy*, Beacon, Boston, 1966; Skocpol, T. *States and social revolutions*, Cambridge University Press, 1979.
 22. Lenin, V.I. *El estado y la revolución*, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1961.
 23. Amin, Samir et al. *Le grande tumulte?*, La Découverte, París, 1991.
 24. Para una profundización de lo que es la hipóstasis de los movimientos políticos: Alonso, Jorge. *La tendencia al enmascamiento de los movimientos políticos*, Ciesas, México, 1985.
 25. Davies, J.C. "Toward a theory of revolution", en *American Sociological Review*, vol.27, núm.1, 1962, pp.5-19.
 26. Los planteamientos del EZLN están sacados de sus comunicados que durante enero y febrero de 1994 fueron publicados por *El Financiero*, *La Jornada* y *Proceso*.